

456 SERMÓN SOBRE LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS.

torno á la ciudad de Dios. Salgamos de Gomorra antes que el diluvio de fuego venga á sorprenderla y reducirla á cenizas. Así no tendremos que recordar un día, con tardío é inútil arrepentimiento, la meditación de hoy, y este último llamamiento de la misericordia de un Dios Salvador. Así sea.

SERMÓN

SOBRE EL CIELO (1).

Si consurrexistis cum Christo, quæ sursum sunt querite, ubi Christus est in dextera Dei sedens; quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram.

(Coloss. III, 1, 2.)

Si habéis resucitado con Jesucristo, buscad las cosas que están allá en lo alto, allí en donde Jesucristo se sienta á la diestra de Dios; aficionaos á las cosas de allá arriba, y no á las de la tierra.

Según San Pablo, la prueba de que por nuestra conversión hemos resucitado á la vida de la gracia, como Jesucristo ha resucitado hoy mismo á la vida de la gloria, es el que no pensemos más que en el cielo, ni tengamos gusto ni atractivo más que para el cielo. La Iglesia también, repitiéndonos esas mismas palabras del Apóstol en la grande solemnidad de este día, nos manifiesta que quiere vernos elevar al cielo nuestros espíritus y nuestros corazones. Dichosos si, secundando sus deseos, no aspiramos en adelante más que al cielo, ni hablamos más que del cielo, bien persuadidos de que ese es el mejor medio de honrar la gloriosa resurrección de Jesu-

(1) Predicado el santo día de Pascua.

cristo y de asegurar la nuestra. *Si consurrexistis cum Christo, etc.*

Creería, pues, hermanos míos, defraudar hoy la esperanza de la Iglesia y la vuestra, si no tratase de hacer más pura vuestra alegría, y de fortalecer vuestra esperanza con el pensamiento y la meditación del cielo.

Pero ¿qué puedo deciros de los misterios del cielo, ante los cuales la penetración de un Santo Tomás se detiene y retrocede, la elocuencia de San Agustín, el vuelo sublime de San Juan detiene su impulso, y el genio de San Pablo queda confundido?

Sin embargo, esos dos grandes Apóstoles han dejado caer de su inspirada pluma dos grandes y profundas palabras. San Juan ha dicho: «Cuando Dios se manifieste á nosotros, le veremos como es en sí mismo, y viéndole, llegaremos á ser semejantes á Él (1).» San Pablo añade: «Contemplando los cielos á rostro descubierto la gloria del Señor, seremos transformados en la imagen misma de Dios (2).» Así, según esos dos grandes Apóstoles tan iluminados en la religión de Jesucristo, elevados á tanta altura en la ciencia de sus misterios, así como la separación de Dios y la pérdida total de los bienes de Dios es el grande suplicio de los réprobos, así también la visión de Dios, la semejanza con Dios, constituyen la verdadera bienaventuranza de los Santos. Bajo este doble punto de vista trataré de exponer alguna cosa acerca de la beatitud celestial. Imploramos las luces del Espíritu Santo por la intercesión de María, Reina del cielo, á fin de que nos sea dado balbucear algunas palabras acerca de esos profundos y terribles misterios, que los ojos ja-

(1) Scimus enim quoniam cum apparuerit, similes ei erimus; quoniam videbimus eum sicuti est. (*San Juan*, III, 2.)

(2) Nos autem, revelata facie, gloriam Dei, speculantes, in eandem imaginem transformamur. (*II. Cor.*, III, 18.)

más han visto, que los oídos jamás han escuchado, y que, sin embargo, la fe y la esperanza deben saludar y desear con ardor.

PRIMERA PARTE.

Imagináos un ciego de nacimiento que, en uno de los más hermosos días de primavera, trasportado á la cima de una montaña, desde donde puede descubrirse un paisaje no menos rico que variado, obtiene de repente, por un milagro, el beneficio de la vista. ¿Quién podría formarse una idea, ó describir la sorpresa, el asombro y la alegría que experimentaría al contemplar por la vez primera la azulada bóveda de los cielos, el esplendor del sol, la riqueza de la vegetación, el esmalte de las flores, los juegos caprichosos de la luz, la calma majestuosa y las variadas tintas del mar, y la inmensa variedad de objetos que pueblan y embellecen la tierra y las aguas? Había oído hablar con frecuencia de todas esas maravillas; se había formado de ellas una idea cualquiera; mas, privado del sentido de la vista, no había adquirido acerca de ellas sino nociones vagas, aventuradas, y muchas veces completamente falsas, ó, por lo menos, groseras é imperfectas.

Pues bien; la sorpresa de ese ciego de nacimiento no sería más que una imagen muy débil de la sorpresa y del asombro que experimenta el alma bienaventurada cuando es introducida en la Jerusalén celestial. Al verse en una región tan nueva, en una atmósfera tan pura, en una ciudad tan espléndida y tan magnífica, no puede menos de exclamar: «¡Oh Jerusalén!... ¡Ciudad de Dios, mansión bienaventurada de la paz y de la felicidad!... ¡Mi fe no fue vana, ni mi esperanza una ilusión! Todo cuanto me habían referido de tus magnificencias y de

tus glorias, lo veo extremadamente superior á lo que se me había dicho, muy superior á todo lo que había podido imaginar (1). Aquí jamás esparce la noche sus tinieblas, jamás nube alguna viene á ofuscar el eterno esplendor; aquí todo es belleza, todo luz; aquí todos los sentidos se extasian á la vez; ni la continuidad produce el fastidio, ni la sucesión de las maravillas fatiga ni distrae.

Pero ¿quiénes son esos seres privilegiados que me rodean por todas partes? ¿Es posible que sean los elegidos que desde la tierra, valle de lágrimas, han sido trasladados á los cielos? Y, sin embargo, ellos son; no puedo menos de reconocerlos. Los que llevan por insignias la representación de antiguas figuras, símbolos de la fe, son los Patriarcas; los que llevan en sus manos los libros de los oráculos, símbolos de la esperanza, son los Profetas; los que se hallan revestidos del oro de la caridad, son los Apóstoles, que han dado el testimonio más irrefragable, el testimonio de sangre, prueba de amor superior á toda prueba; siguiendo sus huellas, hé ahí á los mártires, émulos de su intrépida caridad. Vienen en seguida los doctores, á quienes rodea con sus inmortales claridades una aureola de divina ciencia: los penitentes, cuya santa austeridad sólo es excedida por su humildad: las vírgenes, sobre las cuales el Cordero refleja un resplandor enteramente especial, y que parece invitarlas á que le sigan más adelante que los demás elegidos en la contemplación de las cosas divinas. Pero todos los elegidos tienen de común el que sus cuerpos han sido despojados de todo cuanto tenían de grosero y terrestre; la luz inmortal que les reviste los penetra á un mismo tiempo de tal manera, que parecen confundirse con las sustancias espirituales (2).

(1) Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei... Sicut audivimus, sic vidimus, in civitate Domini virtutum. (*Salmo LXXXVI*, 3.)

(2) Amictus lumine sicut vestimento. (*Salmo CIII*, 2.)

¡Oh mansión feliz!... ¡Cuán dulce es el encontrarse aquí!... Una paz profunda, una calma inalterable, forman el recinto de esta ciudad única, y prohíben é impiden á toda especie de discordia y de turbulencia el penetrar jamás en ella (1). Las lágrimas se han agotado allí para siempre, y jamás humedecerán los ojos (2): ningún lamento, ningún gemido, ningún grito de dolor altera el júbilo de esa mansión bienaventurada. Ningún mal, ni aun el temor de mal alguno, se aproxima aquí. Juventud y edad madura que no declina, belleza que ningún accidente marchita jamás, salud que no teme enfermedad, júbilo y delicias que no turba ninguna tristeza, ningún fastidio, ningún disgusto; vida bienaventurada que no teme jamás la muerte (3).

¡Oh!... decidme, hermanos míos, aunque el paraíso no fué otra cosa que la exención de todo mal, que el goce inalterable de todos los bienes naturales, ¿no sería comprarle á bajo precio el tener que sujetarse á los más grandes sacrificios para alcanzar su posesión? Sí, aunque el paraíso no fué otra cosa, mil vidas de pruebas y de tormentos no podrían ser puestas en parangón. Pues bien, el cielo es más que eso, infinitamente más.

Los Santos serían desgraciados en el cielo si su felicidad debiese limitarse á esa exención de males y á la sociedad de los elegidos.

Sabemos con qué inclinación vehemente, impetuosa, invariable, el alma humana tiende hácia Dios; no obstante las ilusiones que las fascinan, los fantasmas que la ciegan y los objetos sensibles que la extravían, busca á Dios y siempre á Dios en este mundo; le busca implícitamente

(1) Qui posuit fines tuos pacem. (*Salmo CXLVII*, 3.)

(2) Absterget Deus omnem lacrymam. (*Apoc.*, VII, 17.)

(3) Mors ultra non est, neque luctus, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt. (*Apoc.*, XXI, 4.)

en todo lo que conoce, en todo lo que ama (1). Imaginad, si podéis, cuánto más violenta será esa inclinación, cuando el alma, desprendida de los embarazos del cuerpo, libre del prestigio de los objetos sensibles, vuelta á toda la vivacidad de sus deseos, no percibirá más que en Dios el objeto capaz de llenar la inmensidad de su corazón. Su primer exclamación al entrar en el cielo, debe ser: Dios, Dios de mi corazón, ¿en dónde estáis?... Mientras he estado sobre la tierra, no he buscado más que á Vos. ¿Puedo ahora en el cielo buscar otra cosa que á Vos (2)? No habiendo querido más que á Dios en el tiempo, ¿puedo querer más que á Vos en la eternidad? ¿En dónde está el Dios de mi alma? ¿Que se descubra á mí, que me le enseñen!... ¡quiero verle!... ¡quiero ver al Dios vivo!... ¡Mi corazón palpita!... ¡Todo mi ser tiembla de impaciencia por verle y poseerle!... (3).

Ángeles, ¡mostrádmeme!... Sociedad de los Santos, ¿en dónde le poseéis vosotros? María, ¿por qué tardáis en presentarme el fruto inmaculado de vuestras entrañas, Vos que me le debéis presentar después del destierro?... (4).

Sí, alma afortunada, tú verás á ese Jesús amado: no faltará á la promesa que ha hecho en su Evangelio: «El que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré también; y en prueba de ese amor, yo mismo me manifestaré á Él (5).» No, no; los amigos de Dios no sólo serán admitidos á ver la casa de Dios, á contemplar las magnificencias de su palacio, sino que serán admitidos á ver al Hijo de Dios.

¡Oh humanidad santa glorificada!... Héla ahí como la

(1) Cognoscunt in omni cognito, et adamant in omni amato. (*Santo Tomás.*)

(2) Quid mihi est in cælo et à te quid volui super terram? (*Salmo LXXII, 25.*)

(3) Cor meum et caro mea. (*Salmo LXXXIII.*)

(4) Jesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exilium ostende. (*Antiph. Salve.*)

(5) Si quis diligit me, diligetur à Patre meo; at ego diligam eum et manifestabo ei meipsum. (*San Juan, XIV, 21.*)

vieron un instante los Apóstoles sobre el Thabor, con el rostro deslumbrador como el sol, los vestidos más blancos que la nieve, rodeado de un esplendor y de una majestad divina. De su mirada, de su boca, de todas sus facciones, proceden la belleza, la gracia, todo lo que es capaz de atraer y hacerse amar. ¡Oh admirable, oh dulce, oh amado Jesús!... ¡Veo en fin á ese redentor divino, á ese Salvador adorable!... Le veo, y le veré siempre tal como es en sí mismo. Sobre la tierra no le veía más que al través de los velos eucarísticos: no le adoraba más que en su patíbulo convertido en trono de amor. Aquí le veo sobre ese trono de gloria, en donde debe reinar para siempre, por su poder, su bondad, su dulzura y su amabilidad infinita. ¡Sí, su bondad me conmueve, su dulzura me atrae, su amabilidad infinita me extasía y enajena!...

Al lado de ese verdadero Salomón, hé ahí sobre un trono particular á la verdadera Betsabé. Hé ahí á la derecha del Rey la Reina majestuosa, que comparte con él los homenajes de la tierra y las delicias del cielo. La reconozco en su amable sonrisa, en su mirada piadosa y tierna, en su magnífico vestido, que es el oro puro de la caridad, embellecido con la rica variedad de todas las virtudes (1). ¡Vos sois, María, á la que veo; oh misericordiosa, oh dulce, oh amante María, mi madre, mi abogada, mi esperanza, mi refugio, mi consuelo, mis delicias, mi vida!... ¡Por fin me es dado arrojarme á vuestros piés, estar á vuestro lado, y estar para siempre en vuestra santa compañía!...

Conozco el deseo de vuestro corazón... Aquí como en otro tiempo en la tierra, no me atraéis á Vos sino para presentarme á vuestro Hijo. No aceptáis mis homenajes y mi amor sino como prenda de los homenajes profundos

(1) Adstitit regina à dextris tuis, in vestitu deaurato circumdata varietate. (*Salmo XLVI, 10.*)

y del amor soberano debidos á vuestro Hijo. Os obedeceré: reinará sobre mí, como reina sobre la creación entera.

Le veo sobre su trono que circuyen todos los esplendores, asistido por millaradas de espíritus celestes que tienen á gloria celebrar al Verbo Eterno unido á su santa humanidad, servirle como á su Señor, y adorarle como su Dios.

Así en la eternidad, ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines, en nombre de toda la creación que rigen, de todos los hombres de que son custodios, le presentan la unanimidad de los homenajes del universo. Le ofrecen el incienso odorífico de las oraciones de los justos, la acción de gracias de todos los Santos que le atribuyen todo el mérito y la gloria de sus virtudes. ¡Cuán bello es el ver doblarse toda rodilla ante el divino Redentor, toda lengua bendecir su santo y augusto nombre, todas las frentes inclinarse, todas las esferas abatirse, todas las inteligencias humillarse, y todas las voces repetir el cántico nuevo y eterno!... Digno es el Cordero, que ha sido inmolado, de recibir poder, divinidad, sabiduría, fuerza, honor, gloria y bendiciones en todos los siglos (1).

Pero San Agustín dice: Mientras que los ojos corporales de los bienaventurados *se beatifican* en los esplendores de la humanidad gloriosa de Jesucristo, los ojos del corazón *se beatifican* también en el misterio de la Divinidad, que se manifiesta á ellos sin velo, sin sombra, sin obstáculo (2). La razón de ello es, según el venerable Beda, el que entonces se verá claramente en Dios lo que ahora sólo puede creerse con humildad, tocante á la naturaleza y á los atributos de Dios.

(1) Dignus est agnus qui occisus est, accipere virtutem, et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem, et gloriam, et benedictionem. (*Apoc.*, v, 12.)

(2) Uterque beatus, beatificatur; oculus corporis in humanitate, oculus cordis in divinitate. (*San Agustín.*)

Creemos al presente á Dios *Uno* en su naturaleza, *Trino* en sus personas, eterno en su principio, inmortal en su duración, inmenso en sus grandezas, santísimo en su conocimiento, Todopoderoso en su fuerza, inagotable en su riqueza, infinito en su gloria, magnífico en su majestad, y muy misericordioso en su bondad. Mas como estamos dominados por la pesadez y las ilusiones de los sentidos, no conocemos al Dios grandísimo é incomprendible sino tan imperfectamente como vemos al sol cuando densas nubes nos ocultan su vista; no le vemos más que como de reflejo en las obras de sus manos, cual en otros tantos espejos; ni le conocemos sino como un enigma cuya resolución no nos dan las criaturas (1). No sucederá así en el cielo; allí desaparecerá toda sombra, todo velo quedará descorrido, y veremos á Dios cara á cara (2). Le conoceremos tan claramente como Él nos conoce (3). Le conoceremos tal como es en sí mismo, en el esplendor de su sustancia, en el abismo de sus perfecciones infinitas (4).

Mas ¿cómo será posible que nuestro entendimiento finito pueda fijar sus débiles pupilas sobre el Sér infinito, contemplar su luz inaccesible, sin quedar deslumbrado y como herido del rayo?

La Sagrada Escritura no nos deja sin alguna explicación en presencia de ese misterio terrible; nos dice que veremos á Dios á favor de su propia luz (5). Así, del mismo modo que la luz que emana del sol material inunda y sostiene al mismo tiempo la pupila de nuestros ojos, de manera que, á pesar de ser muy débil, puede percibir y contemplar una inmensa cantidad de objetos en su

(1) Videmus nunc per speculum et in ænigmate. (*I. Cor.*, XIII, 12.)

(2) Tunc autem facie ad faciem. (*Ibid.*)

(3) Cognoscam, sicut cognitus sum. (*Ibid.*)

(4) Videbimus eum sicuti est. (*I. Jo.*, III, 2.)

(5) In lumine tuo, videbimus lumem. (*Salmo xxx*, 10.)

tamaño natural, del mismo modo la luz que brota del sol espiritual, de Jesucristo glorificado, aumenta y afirma el poder visual de nuestra inteligencia, por manera que, á pesar de su debilidad y de su exigüidad, pueda contemplar la deslumbradora majestad de Dios y los profundos arcanos del Sér infinito. Esa luz divina, por medio de la cual podemos ver á Dios mismo, es lo que la teología llama LA LUZ DE GLORIA, *lumen gloriæ*, que emana del Verbo divino. Así Santo Tomás dice que los bienaventurados que ven todo en el Verbo, penetran tanto más adelante en el conocimiento de las grandezas de Dios, cuanto les es dado contemplar más perfectamente al Verbo (1).

Revestida, penetrada de esa luz de lo alto, nuestra inteligencia no sólo no titubeará, no quedará confundida en presencia del sol increado, sino que penetrará con seguridad en el secreto mismo de las potencias de Dios (2). ¡Ver vuestro rostro, Dios mio, exclama San Agustín, es conocer vuestra verdad y vuestra gloria (3)!

¡Veó en fin, tal como es en sí mismo, á ese Sér incomprendible, absoluto, que existe por la necesidad misma de su existencia, por la perfección misma de su naturaleza: Sér perfecto de quien toda idea es una realidad, todo pensamiento una ley, toda voluntad un prodigio!... Sér principio y fin de todos los seres, y Él solo principio y fin de sí mismo. Comprendo en fin el misterio de la naturaleza divina de que me hablaba el universo, pero de que no me hablaba más que en enigma: que la fe me mostraba, pero á través de un velo, á la que sometía mi entendimiento sin comprenderle. Ya no veo más que

(1) Beati tanto plura cognoscunt in Verbo, quanto perfectiùs intuentur Verbum. (Santo Tomás.)

(2) Introibo in potentias Domini. (Salmo LXXI, 16.)

(3) Cognoscere veritatem tuam et gloriam tuam, hoc est cognoscere faciem tuam. (San Agustín.)

profundas y sublimes armonías allí en donde mi débil razón creía percibir contradicción y antagonismo.

En fin, comprendo por qué ese Sér tan perfectamente infinito, tan infinitamente perfecto, es antiguo, sin edad; nuevo, sin principio; libre, sin variar jamás; inmutable, sin ser jamás el mismo; bueno, sin debilidad; justo, sin cólera.

Existe siempre, y ningún tiempo le mide: está presente en todas partes, y ningún lugar le contiene: mueve todas las cosas, y ningún movimiento le fatiga ni le incomoda: lo cambia todo, y ninguna mudanza le altera: lo prevé todo, y ninguna previsión le turba: lo gobierna todo, y ninguna empresa le ocupa: se comunica á todos, y ninguna comunicación le aminora: da á todos, y su largueza no le agota ó extenúa ni empobrece.

¡Gran Dios!... ¡Dios bondadoso!... ¡Dios Altísimo!... ¡Bien soberano, realidad infinita, esencia perfecta, que os bastáis siempre á Vos mismo, que estáis siempre contento de Vos mismo, siempre bienaventurado en Vos mismo!...

«Pero ver á Dios cara á cara, añade San Agustín, no es conocer solamente los atributos de su esencia, sino también la augusta Trinidad de esas Personas en una sola indivisible naturaleza: es conocer el poder del Padre, la Sabiduría del Hijo, la bondad del Espíritu Santo.»

Hé ahí, pues, dirá el alma bienaventurada, que en virtud de la luz que Jesucristo refleja en mí, he llegado á ser capaz de alcanzar, por mi entendimiento, lo que, guiada por la fe, apenas me atrevía á expresar y adorar en mi estupor.

Hé ahí el grande arcano de la naturaleza divina, el insondable misterio de una Trinidad de Personas en unidad de sustancia; el gran escollo de la razón humana. No hay ya en eso misterio para mí; veo sin quedar deslumbrado, comprendo sin quedar aterrado. Sé de qué